

CUENTOS EUSKAROS



IDA Y VUELTA

I

El vapor iba alejándose de la costa. *José*, sentado sobre un rollo de cuerdas, estaba aturrido, y mirando vagamente á un lado y á otro, parecía que se preguntaba á si mismo si efectivamente se encontraba ya á bordo. Una cabezada más violenta del barco le despertó de su somnolencia, y entonces oyó claramente el monótono tric-trac de la máquina, sintió que el vapor se mecía blandamente, y se fijó en la enorme chimenea que arrojando negros pelotones de humo, formaban detrás del vapor un nubarrón que quedaba fijo en el espacio. De las calderas se desprendía un aire calentón y lleno de acres olores; *José* sintió un malestar indecible, un vacío angustioso, y levantándose fué á asomarse á una de las bandas. La costa aparecía en el horizonte, á través de una neblina azulada, recortando caprichosamente el límite del mar. En un movimiento continuo se alejaba cada vez más como si la marea fuese subiendo, subiendo hasta anegararlo todo. En aquél momento *José* sentía que una fuerza invencible le arrastraba mar adentro, y aunque se agarraba desesperadamente á la banda mientras miraba con tristeza á la costa que iba hundiéndose lentamente en el horizonte, la fuerza aquella, ciega y potente, con su manaza de hierro, seguía arrastrándole despiadadamente mar adentro, en tanto que el tric-trac acompasado de las máquinas parece que le decía: ¡atrás, atrás!... No tenía más remedio que dejarse llevar. Entonces se vió solo, abandonado; cada segundo le iba apartando cruelmente de su

tierra y aquellos hombres que iban y venían sobre cubierta no querían compadecerse del pobre emigrado que hubiera dado la mitad de su vida por que le hubieran dejado otra vez en el puerto, en vez de llevarle por las soledades del mar para dejarle luego en una tierra extraña donde quizás le esperaban la desesperación y la muerte. Naturalmente, ellos no dejaban allá, perdidas en medio de aquella mancha azulada del horizonte, una madre y una hermana como el pobre *José* y por eso agujoneaban cada vez más al monstruo para alejarse de la costa cuanto antes. Y con la vista fija en el horizonte, *José* quería escudriñar el lugar donde en aquel momento estaba su madre. A veces el recorte de un peñasco en la neblina se le antojaba que era ella que le decía adiós con el pañuelo, mirando cómo el vapor se alejaba, sentada sobre una roca, y entonces *José* la decía también adiós con la mano mientras que dos lágrimas muy amargas se desprendían de sus ojos; pero sintió vergüenza de que le viesen llorar, y ahogando su pena, descendió bajo cubierta, se echó en su camastro y allí solo, abandonado, el dolor de su alma salió á raudales por sus ojos.

II

Sin duda alguna, *José* no era uno de tantos seres mimados por la fortuna; y ¿quién le iba á decir al miserable *mutilla* que había de verse dueño de un capital que para representarlo en cifras necesitaba un cuatro y seis ceros—según decía él—la mayor cantidad que el maestro de su pueblo le enseñó á escribir, nada más que por curiosidad, porque un muchacho que en toda su vida tendría un *chanpon*, para qué necesitaba saber cómo se escribían los millones? Cosas de la vida: del mismo modo que cuando era chico manejaba los números y escribía miles y millones en el encerado, podía ahora manejar miles y millones de pesetas á su antojo.

Toda su fortuna la llevaba en un arcón en las bodegas del barco que le traía á España hecho todo un capitalista. ¡Y cómo se acordaba del día aquel en que salió de su tierra y miraba con tanta pena cómo la costa se iba alejando poco á poco de su vista como un pájaro que volando pausadamente va á perderse en el horizonte! Contrastes de la vida: hoy también á bordo de otro vapor y asomado á la banda, ve

con tanta alegría como pena sintió antaño, cómo la costa se va acercando, pronunciando sus contornos, agrandándose á cada instante como si fuese surgiendo gradualmente del fondo del mar. Hoy mira con rabia á los marineros porque no agujijonean bastante al monstruo de hierro para llegar cuanto antes al puerto. Impaciente no hace más que mirar á la costa que va acercándose poco á poco á él como si viniese en su busca. Se desespera al oír el acompasado tric-trac de las máquinas que parece que le van gritando con calma: ¡paciencia, paciencia! Si pudiese, volaría. Allí estarán su madre y su hermana que no saben su llegada. ¡Vaya una sorpresa! Todavía estarán pobrementemente vestidas, quizás tengan hambre. Pero pronto se acabarán las penas. *Joṣé* mandará construir un caserío modelo, comprará vacadas, tendrá grandes pastos, y caseríos, y colonos, y donde antes reinaban la miseria y la tristeza reinarán ahora la abundancia y la alegría. Un estremecimiento de alegría sacudió violentamente su cuerpo al mismo tiempo que el barco daba una fuerte cabezada, y *Joṣé*, perdiendo el equilibrio, cayó al mar, donde luchó inutilmente algunos segundos para sostenerse á flote, hasta que se hundió para siempre en el abismo. Todo habia sido tan rápido que nadie á bordo vió al pobre *Joṣé* desaparecer bajo las aguas.

¡Qué contrastes tiene la vida! ¡Vaya un viaje de ida y vuelta!

JOAQUIN L. BARRERA.

